

SANTIAGO ALBA RICO

ISLAMOFOBIA

NOSOTROS, LOS OTROS, EL MIEDO

Icaria ✿ Más Madera

ÍNDICE

Los lugares comunes	10
Religión, ideología, cultura	15
La conexión esencial: el colonialismo	19
Nosotros y los mapas	28
Nosotros y los judíos	31
Monotonía de las categorías excluyentes	40
Racialización y defensa	57
Una cronología islamofóbica	62
Islamofobia de izquierdas	75
Fundamentalismo laico	80
Laicismo y feminismo	84
Islamofobia y libertad de expresión	99
De vuelta a los judíos	109
Islamofobia y Estado Islámico	115
Conclusiones	121
Bibliografía citada o usada en el texto	127
Breve glosario de nombres islámicos	129

Occidente, que controla la producción de imágenes en el mundo, escoge las que legitiman su visión: un islam como totalidad globalizante, como hecho social absoluto, en el que lo temporal y lo espiritual se confunden, irracional, irreductible, violento».

GEORGES CORM (*La fractura imaginaria*)

El 7 de enero de 2015 dos yihadistas franceses asaltaron la sede en París del semanario satírico *Charlie-Hebdo* matando a 12 personas e inmediatamente el mundo entero se solidarizó con Francia, declaró «yo soy Charlie» y se manifestó de forma multitudinaria contra el terrorismo y en defensa de los valores de la civilización. Un horror justificado se proyectó en forma de prejuicio torcido y descarrilado sobre el «islam» y los musulmanes. Apenas un mes después un «ateo» estadounidense asaltó un apartamento de North Carolina y mató a tres jóvenes estudiantes musulmanes de la misma nacionalidad sin que la mayor parte de los medios de comunicación se hicieran eco de la noticia ni nadie extrajera ninguna conclusión acerca de la violencia atea o de la intolerancia estadounidense.

El 18 de marzo de 2015 tres yihadistas tunecinos asaltaron el museo del Bardo de Túnez matando a 20 personas e inmediatamente los turistas occidentales anularon el 60% de las reservas previstas para viajar al país norteafricano en las vacaciones de Semana Santa. Después del atentado de París no hubo cancelaciones o apenas si las hubo; y los turistas siguieron viajando con

toda normalidad a Francia. Túnez, lleno de musulmanes potencialmente violentos, era un lugar amenazador; Francia, llena de franceses individuales, seguía siendo un país acogedor, amenazado en todo caso por algunos borrosos «tunecinos» y que merecía por eso también la solidaridad activa de un viaje de turismo.

Estos dos ejemplos banales revelan un imaginario islamofóbico asumido con tanta naturalidad que acaba por parecer razonable y, en cualquier caso, inevitable considerar más amenazados a los franceses que a los tunecinos, y ello aunque los asesinos de París fueran franceses y aunque la mayor parte de las víctimas del terrorismo en Túnez en los dos últimos años hayan sido tunecinas. Del mismo modo se concede mucha más importancia mediática y moral al asalto a una sinagoga que a 50 mezquitas, cifra de los ataques antimusulmanes registrados solo en Francia y solo entre el 8 de enero y el 10 de febrero de 2015. O se juzga sensato y democrático que la policía francesa, antes ya del atentado de París, mandase a las comisarías del país una lista de «indicadores», todos ellos de carácter «racial» e islamofóbico, para identificar a los «sospechosos de radicalización»: «barba larga sin bigote», «indumentaria musulmana», «cabeza rasurada», «rechazo del tatuaje», «pérdida de peso ligada a ayunos frecuentes» (ii) y, por supuesto, «retórica política relativa a la injusticia en Palestina, Iraq o Siria» e interés «por la historia del islam».

La islamofobia está hasta tal punto homologada que no puede resultar extraña, al calor de la crisis, la ascensión de partidos o movimientos de ultraderecha en Europa en las últimas décadas, desde Pegida al Frente Nacional francés, de la Liga Norte italiana al Vlaams Belang belga, del Partido de la Libertad austriaco al Jobbik húngaro, fuerzas rampantes que se nutren, en cualquier caso, de las políticas gubernamentales y de las rutinas de los medios de comunicación. Los discursos de nuestros políticos sobre tolerancia y estado de Derecho chocan sin parar con las leyes migratorias,

las legislaciones de excepción y el uso liberticida y criminalizador que se hace de la «guerra contra el terrorismo». Los medios, por su parte, seleccionando siempre las imágenes más redondas y los clichés menos integradores, unas veces por ignorancia y otras por cálculo, facilitan la obra de los fanáticos de todas las partes y contribuyen a erosionar aún más las cláusulas sociales de la convivencia y los andamios mismos de la democracia. La islamofobia no es ni un exceso marginal ni un atavismo de las clases populares. Es tan evidente como el fútbol de los domingos; tan cotidiana como la tortilla de patata; tan general como el teléfono móvil; tan útil como una ganzúa; tan peligrosa como una bomba. En las páginas que siguen nos ocuparemos de los mecanismos que la construyen y de las amenazas que alberga.